DESDE LAS SOMBRAS

por Antonio González del Valle

autor de «LA SOMBRA DE A.B.»

Desde lo alto de la colina podía disfrutar con la contemplación de un sereno e infinito paisaje, armónico, donde la vista sólo podía ser distraída por la línea verde que dibujaba el ferrocarril todos los días al caer la tarde.

Sentado tras la ventana, que apunta al norte, pasé horas y horas ensimismado siguiendo con la vista el vuelo de los halcones, expectantes, atentos desde lo alto cortando el cielo en un paseo circular majestuoso. Largas tardes escuchando el agua golpear los cristales, viendo los trigos reverdecer bajo la lluvia tenue de la primavera.

Hace ya, tal vez, muchos años que no he mirado a través del claro cristal de la ventana, que no siento el aire seco del verano en mi piel ni escucho el suave rumor de las ramas golpeadas por el viento.

Nada ha ocurrido desde que aquellos hombres cerraron la caja. El único punto físico de referencia que poseo para medir el tiempo es precisamente ese. Los minutos, las horas y no son elementos activos y condicionantes en mi vida (si se puede denominar así esta forma de existencia).

Dividido mi tiempo en dos épocas perfectamente diferenciadas: antes y después que ellos llegaran. La primera parte alimenta la segunda y solamente los recuerdos de *antes* conforman *después*.

Ahora ha desaparecido el movimiento, causa precisa del tiempo. La luz ya no alumbra los objetos. Todo lo que existe habita en mi mente, son recuerdos.

Nunca supe, quizá ya no lo sabré, porqué durante aquel invierno toda la familia en casa se comportaba de una forma incomprensible. Parecían tristes y nerviosos, como si algo doloroso a algún acontecimiento de graves consecuencias hubiera ocurrido días atrás. Hecho este (si en algún momento ocurrió) que ha mediatizado y condicionado mi vida hasta la actualidad, esta eterna actualidad.

Julia ya no cantaba alegremente por la mañana mientras realizaba las faenas domésticas. Ya no conectaba la radio, ni tan siquiera para oír los seriales de la tarde, cuando remendaba una sábana o cosía el botón desprendido de alguna camisa.

Los ojos de mi madre estaban húmedos, enrojecidos. Había vuelto a vestir otra vez sus ropas negras y de camilla, cerca de la ventana que da al patio. Movía los labios continuamente emitiendo un tenue murmullo ininteligible para mí. Con sus dedos parecía contar uno a uno, pausadamente, los flecos de la toca que llevaba siempre puesta sobre sus hombros, en esa época fría del año.

Mi padre, encerrado en su habitación, no hablaba con nadie. Salía una o dos veces durante el día para ir al retrete, apesadumbrado, con la cabeza agachada, los ojos con grandes bolsas, irritados y la cara congestionada, como si no hubiera dormido en mucho tiempo. La comida se la colocaba Julia todos los días frente a la puerta de la alcoba. Siempre a la misma hora.

El silencio se convirtió en el dueño absoluto de nuestra casa, un amargo silencio roto sólo por los suspiros profundos de mi madre. A veces un ruido estruendoso sacudía el cuarto donde se había enclaustrado mi padre, probablemente producido por muebles arrojados contra la pared.

Acostado, yo permanecía ajeno sin saber a qué se debía esta situación. Las piernas y los brazos los tenía sujetos con cadenas a los barrotes de la cama. Nadie me dirigía la palabra y evitaban mirarme. Desconozco cuando me pusieron allí, ni por qué causa. No mi lo dijeron y yo tampoco pregunté. Quizá fue entonces cuando perdí la voz, no recuerdo haber articulado ninguna palabra después del día de mi cumpleaños.

Julia era la única persona en la familia que se ocupaba de mí; constantemente me pasaba suavemente un paño por la boca. Intentaba darme de comer; pero sus esfuerzos resultaban inútiles. Yo mantenía mis mandíbulas cerradas con una fuerza insólita; cada uno de los músculos de mi cuerpo llegaba a su punto más álgido de rigidez posible y quedaba inmovilizado. Más tarde sentía una gran flojedad y perdía la visión durante unos minutos.

Por la casa, paulatinamente, se inició un continuo peregrinaje. Hasta entonces no solían visitarnos con frecuencia, ya que nuestra casa es una de las pocas habitadas de la colina al norte del pueblo. Es probable que durante aquel invierno no quedara nadie sin visitarnos por lo menos una sola vez.

Tenían por costumbre llegar en grupos pequeños. Pasaban por la habitación grande, en silencio, cabizbajos; saludaban con un gesto a mi madre y tímidamente, cautelosos, se acercaban a mi cama. Me miraban con fijeza, curiosos; contraían los músculos de la cara, como si estuviesen aterrados ante la presencia de una horrible criatura, sorprendidos por algo más fuerte que lo que esperaban ver. Algunos se persignaban queriendo conjurar un demoníaco peligro. Después se alejaban cuchicheando entre ellos.

Las primeras visitas me provocaban un desagradable malestar; me asustaban sus caras desencajadas, interrogantes, con los ojos desorbitados. Lentamente me fui acostumbrando a ellas, me servían de distracción. Analizaba sus rostros, sus expresiones, la forma de comportamiento; incluso llegué a confeccionar un sistema particular, por el cual relacionaba sus gestos con la indumentaria, los vestidos con las horas de visita y ésta con las edades.

Ricardo y Pedro no estaban en casa, no recuerdo cuándo se marcharon. La última imagen que poseo de ellos se remonta a la noche anterior al día de mi cumpleaños. No recuerdo haberlos visto más. Ignoro qué trágico acontecimiento sucedió aquella noche y trato de no pensar en ello, pues cada vez que lo intento me invade una agobiante sensación de ansiedad, que me oprime el pecho y me impide respirar.

El día de Navidad fue más ajetreado de lo normal. La casa se convirtió en un hervidero de gente. Julia iba de un lado para otro recibiendo y atendiendo las visitas. En la sala colocaron todas las sillas que teníamos en fila, y algunas más que trajeron de otras casas vecinas. Unos parientes ayudaban a mi hermana llevando comida y bebida a los presentes.

En el rostro de todos se reflejaba, esta vez, un gesto inconfundible de tristeza y pesadumbre.

A media tarde llegó a casa un grupo de personas desconocidas. Por su aspecto, uno de ellos parecía ser médico, vestía un traje oscuro y portaba en sus manos un bonito maletín de piel negra. Saludaron a mi madre y se acercaron para observarme. Sus reacciones de perplejidad no se diferenciaban en exceso de las

típicas ya catalogadas, de las visitas anteriores. El doctor, sin embargo, no se inmutó en absoluto; hablaba fluidamente de modo que parecía explicar algo a los presentes. Mientras, un joven se afanaba en escribir en un pequeño cuaderno de notas.

Cuando dio por concluida su improvisada conferencia los del grupo se alejaron dejándome solo con él. Corrió lentamente la cortina que separa mi cama del resto de la sala, quedándonos los dos totalmente aislados del resto de las personas que en ese momento estaban en la casa.

Pausadamente inició un insólito rito; siempre con una parsimonia que me alteraba los nervios. Despacio se quitó la chaqueta y después de doblarla, con excesivo esmero, la puso sobre el respaldo de una silla. Abrió el maletín negro que llevaba para sacar, con delicadeza, una seria de instrumentos médicos que colocó ordenadamente sobre la mesa. Seguidamente encendió un mechero *Bunsen* y estuvo calentando un juego de bisturíes.

En ese momento sentí miedo, no sabía qué iba a hacer ese hombre. La sensación de terror se fue haciendo cada vez más intensa hasta convertirse en desesperación total cuando vi, preso de pánico, que se abalanzaba sobre mí con uno de los estiletes en la mano. Quise gritar, huir, defenderme de alguna manera; pero mi cuerpo no respondía. Ni el más pequeño músculo reaccionaba.

Con destreza, abrió mi pecho en canal efectuando una incisión limpia y lineal sin que yo pudiese hacer nada por evitarlo. Percibí una agradable caricia que me recorría el tronco de arriba a abajo, seguida de una intensa sensación que pasaba del calor a la humedad.

Sus manos se teñían de rojo, yo sentía estremecer todo mi cuerpo por dentro.

Transcurrida aproximadamente una hora, comenzó a guardar los instrumentos en el maletín con la misma lentitud que los había sacado y después de cerrarlo salió fuera.

No comprendí qué había estado haciendo conmigo. No sé por qué razón no sentí el más leve dolor cuando cortaba mi piel. Cuando confuso seguía pensando en el suceso que había ocurrido unos minutos antes, entró Julia en el pequeño reservado que delimitaba la cortina, llevando la muda interior y el traje nuevo entre sus manos. Desató las cadenas que me sujetaban a la cama y atándome un pañuelo desde el cráneo a las mandíbulas me cerró la boca. Me introdujo unos trozos de algodón en la nariz y luego me arregló, como lo hacía cada domingo, para ir a la misa de las doce.

Mientras Julia se afanaba en vestirme, desde la sala llegaba un gran murmullo. Noté que lloraban. Este murmullo fue cambiando de tono hasta convertirse en una larga, repetida e interminable letanía.

Alguien abrió las cortinas. Ante mí pude observar una escena singular; unas mujeres vestidas de negro encendieron unos grandes velones negros, que colocaron uno en cada esquina de la cama. Un largo velo negro cubría el rostro de mi madre. Inesperadamente, de su boca surgió un terrible grito de dolor, se echó sobre mí y, entre sollozos, me abrazaba fuertemente y me besaba toda la cara.

Aquel espectáculo me hizo sentir sensaciones muy dispares; extrañeza, confusión, miedo, deleite. Fue el acontecimiento más impresionante desde que permanecía acostado en la cama.

A la mañana siguiente, llegaron ellos con una gran caja color caoba. En ese instante los llantos alcanzaron su punto más alto. Mi madre parecía que iba a desfallecer. Por las mejillas de Julia, la única persona de la casa que hasta entonces había permanecido serena, surcaban amargas lágrimas.

Ante mi impotencia, me introdujeron en la caja, cerraron la tapa y desde entonces no he visto más la luz.

Ahora, en la oscuridad, sólo recuerdo y espero que algún día, ellos, los mismos que me encerraron en esta estrecha prisión de madera, vuelvan para matarme (si es que esto no es la muerte).